

ciendo los justos con sus virtudes el contrapeso de los malos, Dios pronunciará contra todo el género humano la sentencia que ha pronunciado tantas veces contra las naciones en el curso de los siglos. Como escribió con su mano, en los muros de Babilonia la profecía de su caída, así escribirá en las nubes la ruina del mundo, convertido en última Babilonia, y la sentencia será igual á la de Baltasar: *Tu has sido pesado en la balanza, y has sido hallado ligero*. Hasta entonces, Dios, que tiene en la mano esta balanza formidable por su misma equidad, Dios no ha condenado á muerte al género humano. Respetemos su justicia y su clemencia, y no le echemos en cara nuestros crímenes para acusar su gobierno. Además el tiempo es la prueba, y no el resultado. A la eternidad debemos dirigir nuestras miradas para juzgar definitivamente á la Providencia, y allí sin duda aguardáis mi palabra, armados con esta famosa sentencia: *Muchos son los llamados, y pocos los escogidos*.

Yo obedezco á vuestra impaciencia, y puedo calmarla con una declaracion muy simple: el corto número de los escogidos no es un dogma de fe, sino una cuestion libremente debatida en la Iglesia. Yo os lo afirmo, y os doy inmediatamente la prueba, si la quereis.

Entre los escritores que han honrado la Iglesia el siglo pasado, hay uno de reputacion modesta y grave, cuyo saber no es disputado, cuya ortodoxia lo es menos todavía: este escritor es Bergier. Pues bien, Bergier, tratando la cuestion que nos ocupa, se explica así: « Un espíritu sólido y bastantemente instruido no se deja trastornar por una opinion problemática, y sobre la cual la Iglesia no ha decidido, tal como es la del grande número ó del pequeño número de los escogidos (1). » Y en otra parte, despues de haber expuesto el desacuerdo de los Padres de la Iglesia y de los comentadores de la Escritura sobre este asunto, añade: « Si pueden servir de prueba las parábolas del Evangelio, se debe mas bien creer que el gran número y no el pequeño número de hombres se salva. Jesucristo compara la separacion de los buenos con los malos, en el juicio final, á la del trigo de la cizaña. Ahora bien, en un campo cultivado con cuidado, la cizaña no ha sido jamás tanta como el trigo. Él la compara á la separacion de los buenos pescados de los malos: ¿á qué pescador le ha ocurrido nunca coger menos pescados buenos que malos? De diez vírgenes convidadas á la boda, cinco son admitidas en la compañía del esposo. En la parábola de los

(1) Dicionario de teología, palabra *Escogido*.

» talentos, dos servidores son recompensados, uno solo es castigado; » en la del festin, uno solo de los convidados es echado fuera (1). »

Yo podría, señores, concluir aquí nuestra conferencia; porque, puesto que podeis creer en el gran número de los escogidos, creed, y no os inquieteis mas. Pero no será inútil, á mi parecer, el hacer os conocer los motivos que han impedido la decision de la Iglesia en esta grave materia.

La Escritura es sin disputa la primera causa. Porque si bien parece evidente este famoso texto: *Muchos con los llamados y pocos los escogidos*, muy lejos está de ser así. Este es precisamente el texto que ha dividido mas á los Padres y á los comentaristas. Con efecto, solo dos veces está escrito en el Evangelio con circunstancias que le dan un sentido opuesto al vulgar. En la primera ocasion, el reino de los cielos es comparado á un padre de familia que ajusta obreros desde por la mañana para trabajar en su viña, y que recibe otros sucesivamente á horas mas avanzadas, hasta que, llegada la noche, da á todos la misma recompensa sin hacer ninguna distincion entre los que han comenzado por la mañana ó muy entrado el dia. Y mostrando su indignacion los primeros, el padre de familia les dice: *¿De qué os quejais? ¿No he ajustado con vosotros que os pagaria un dinero? Tomad lo que os corresponde, é idos; en cuanto á este, que ha venido mucho mas tarde que vosotros, yo quiero darle la misma recompensa que á vosotros. ¿No puedo yo hacer lo que quiera, y debe vuestra intencion ser mala porque la mia es buena? Así los primeros serán los últimos, y los últimos serán los primeros; porque muchos son los llamados, y pocos los escogidos (2)*. Es claro que la dificultad de la parábola no consiste en el pequeño número de los obreros recompensados por su trabajo; consiste, por el contrario, en que siendo todos recompensados, aquellos que parecen tener menos mérito no son menos bien tratados que los otros. Y la explicacion que se da de ello es esta: *Que los primeros serán los últimos, y los últimos serán los primeros*. Pero siendo oscura esta misma explicacion, el padre de familia la esclarece con esta palabra final: *Muchos son los llamados y pocos los escogidos*. Lo cual quiere decir, no que haya pocos hombres que se salven, conclusion que no tendria relacion con la parábola sino fuera para contradecirla, sino que siendo muchos llamados por una gracia comun, siendo los primeros se han quedado

(1) Tratado de la verdadera religion, tomo 10, p. 355, edic. en 8. — (2) San Mateo, cap. 20, vers. 13 y sig.

los últimos, mientras que siendo unos pocos escogidos por una gracia especial, de últimos se han hecho los primeros.

En la segunda ocasión, el reino de los cielos es comparado á un rey que prepara la boda de su hijo, y que, dispuesto todo, envía á sus servidores para que estimulen á los convidados á venir pronto. Pero estos se niegan bajo diferentes pretextos, y algunos hasta maltratan á los enviados del príncipe, el cual, irritado de su conducta, hace entrar al festin en su lugar á los primeros que se han hallado en los caminos. En seguida entrando él mismo cuando están á la mesa, apercibe á uno de los convidados que no está vestido con el traje nupcial, y le dice: *Amigo mio, ¿porqué habeis entrado sin estar vestido con el traje nupcial? Y callándose este, el rey dijo á sus oficiales: Atadlo de pies y manos, y arrojadlo á las tinieblas exteriores, allí donde solo habrá lloros y rechinamiento de dientes; porque muchos son los llamados y pocos los escogidos* (1). Es claro tambien que la dificultad de la parábola no se encierra en el pequeño número de los convidados definitivamente admitidos, puesto que han sido recogidos á la ventura en los caminos, y uno solo ha sido echado del banquete. Si pues, en esta circunstancia, hay muchos llamados, y pocos escogidos, esto solo quiere decir, en la boca del rey, como en la boca del padre de familia, que pocos hombres reciben una gracia especial que les permita conducirse con mas familiaridad que á los otros en las cosas divinas, y contar con una superabundancia de misericordia en provecho suyo. Esta es la tentacion de cierto número que, siendo invitado casualmente para reemplazar á otros convidados, se persuaden que son de los escogidos por favor, y no cuidan de asegurar su salvacion con una exacta fidelidad. Jesucristo en esta parábola quiere enseñarles que si con efecto los últimos pueden ser los primeros, nadie debe presumir que á el le corresponde esta suerte.

Ya lo veis, señores, lejos estáis ya de la claridad que creíais haber reconocido en este texto: *Muchos son los llamados y pocos los escogidos*. Pero hay otro que yo no debo ocultaros, y que, sin ser decisivo, ofrece no obstante un sentido menos fácil de reducir á nuestro deseo de extender el reino del cielo tanto como nos lo permiten los fundamentos de la fe. En el sermón de la montaña, Jesucristo decía á la multitud: *Entrad por la puerta estrecha, porque la puerta es ancha y la via es espaciosa que conduce á la perdicion, y hay muchos*

(1) San Mateo cap. 22, vers. 12 y sig.

*que entran por ella. ¿Cuán estrecha es la puerta y la via que conduce á la vida, y cuán pocos son los que la encuentran* (1)! La fuerza de este texto no está en la oposicion de la via ancha y de la via estrecha; porque no se sigue, porque una via sea estrecha, que pase por ella el pequeño número, cuando es la única que conduce al fin. Las Termópilas eran solo un sendero tortuoso y áspero en las montañas, y no obstante el ejército de Xerxes lo atravesó, porque no tenia otro camino para penetrar en Grecia. Pero Jesucristo añade *que muchos entran por el camino ancho y que pocos encuentran la via estrecha*, palabra que seria decisiva, si se aplicase á todos los tiempos y lugares. Ahora bien, no está probado que sea así. La Vulgata ha traducido la frase hebrea de una manera que la reduce á los principios de la predicacion de Jesucristo, y sin duda no ha hecho de este modo la traduccion por inadvertencia. Comparando unos con otros los discursos del Señor, se observan mas de una vez dos épocas diversamente caracterizadas; la época de su ministerio, y la época de su muerte. Si él dice: *El camino que conduce á la vida es estrecho, y pocos lo hallan*; tambien dice: *cuando yo salga de la tierra, lo atraeré todo hácia mi* (2). Las dos sentencias son ciertas, cada una en su tiempo. Jesucristo, cuando se dirigia al pueblo en la montaña, no tenia mas que unos pocos discípulos escogidos que lo seguian, y al rededor, en toda la extension del mundo, una multitud que ni siquiera oía su voz. Pero cuando dirigia sus miradas mas allá de su muerte, veía á las naciones que entraban en tropel en su Iglesia, á los reyes y las reinas, segun la prediccion de Isaías, besar sus huellas, y su cruz llevada entre los estandartes romanos penetrar mas adentro de todo imperio conocido. Su alma no podia ya decir: *Pocos hay que la encuentren*; ella decía: *cuando yo salga de la tierra, lo atraeré todo hácia mi*.

Añadid, señores, que habiéndose presentado la cuestion, Jesucristo no ha querido resolverla, sino dejarla en suspenso. Un día le decian: *¿Señor, son pocos los que se salvan* (3)? Bien claro era esto: ¿qué respondió? Él respondió: *Procurad entrar por la puerta estrecha, porque hay muchos que querrán entrar y no entrarán* (4). Este era un consejo útil, que no destruía el misterio útil tambien. Quizá vosotros me diréis: ¿Porqué respondeis vos, cuando Jesucristo no ha respondido? Jesucristo no ha respondido porque era Dios, y hubiese

(1) San Mateo, cap. 7, vers. 13 y 14. — (2) San Juan, cap. 12, vers. 32. — (3) San Lucas, cap. 13, vers. 23. — (4) San Lucas, cap. 13, vers. 24.

hecho con su respuesta un dogma ; yo respondo, porque soy hombre, y no fundo mas que una opinion. Pero esta opinion es libre, y os es permitido fortificarla conmigo considerando los artificios admirables de que se sirve la Providencia para aumentar el número de los escogidos.

Dios hubiera podido disponer que ninguno entrase en el reino de los cielos sin haber tomado una parte personal en la lucha del bien y del mal, y aceptado la sangre de su hijo en la libre plenitud de la razon. Dios ha dispuesto lo contrario. Él ha abierto á los niños las puertas de la inocencia y del mérito ; él ha dicho de ellos : *Dejad que los niños se me acerquen, y no se lo impidais, porque el reino de los cielos está compuesto de niños* (1). Y mirándolos otra vez con ojos aun mas dulces, si es posible, decia : *La voluntad de vuestro Padre que está en los cielos es que no perezca uno solo de estos niños* (2). ¡ Qué palabra, señores, en una boca, en que toda palabra era verdad y eficacia ! De este modo, desde el origen del mundo, un manantial especial de salvacion habia sido preparado para el alma de los niños. Como maman la leche de su madre sin conocerla, Dios ha querido que bebiesen en los pechos de la fe y de la caridad sin conocer ni á la una ni á la otra, y que la sangre de su hijo les fuese vertida gota á gota ántes de que su ojo se abriese, que su oido oyese, y que sus labios pudiesen pronunciar su nombre. En los tiempos que precedieron á la muerte de Cristo y la promulgacion del Evangelio, los hijos se habian *salvado con la fe de sus padres*, porque Dios quiso considerarlos como una misma cosa con ellos, é imputarles las virtudes que los habian traído al mundo. Pero como la fe de los hombres podia flaquear y hacer traicion á la misericordia de Dios con relacion á las almas recién venidas, su providencia confió á la hora de la consumacion estas almas á la fe indefectible de la Iglesia, y ordenó que se las bañase por medio del bautismo con el rocío de la gracia y de la salvacion. En seguida, para perfeccionnar este misterio de inefable bondad, Dios celebró un pacto con la muerte, y dándole una precocidad divina, la encargó de segar ántes del tiempo del mal la tercera parte del género humano.

Muchas veces nos quejamos en el curso de nuestra existencia de haber vivido mucho, y exclamamos con Job : *¿ Porqué les ha sido concedida la luz á los desgraciados, y la vida á los que sufren las amarguras del alma* (3) ? Dios ha escuchado estas quejas, y sin juz-

(1) San Marcos, cap. 10. vers. 14. — (2) San Mateo, cap. 18, vers. 14. — (3) Job, cap. 3, vers. 20.

garlas justas, se ha dignado acogerlas respecto de un gran número. El ángel exterminador se ha convertido en el brazo derecho de Cristo ; él escoge entre nosotros la inocencia ántes que la razon haya marchitado su primer esplendor, y conduce al cielo á multitudes de seres á quienes no les ha costado la eternidad mas trabajo que el de atravesar por el mundo con una sonrisa cariñosa para sus madres. Otra porcion menos numerosa, es cierto, sobrevive á esta edad feliz que precede á la pubertad de la razon, pero solo para apagarse en los límites de otra pubertad, ántes que las pasiones hayan hecho resonar su primer grito en el corazon, y cuando la razon no es aun entre la mayor parte mas que una débil antorcha. Si quereis ahora saber á cuanto monta esta recoleccion prematura de las almas, la ciencia moderna os lo dirá : El tercio de los niños muere entre el primero y el séptimo año de su nacimiento ; mas de la mitad entre el primero y el décimocuarto año (1).

Hé aquí pues, disminuyendo este número por las excepciones, cerca de la mitad del género humano exento de la desgracia suprema de la condenacion propiamente dicha, sea que haya bebido la sangre de la redencion en la fe de sus padres ó en la copa del bautismo, sea que, extraña á estos dos medios de salvacion, haya llevado á Dios el único peso de la culpa original, y hallado por lo menos en el asilo de los limbos una existencia indiferente. Yo sé bien, señores, que los habitantes de los limbos no pueden colocarse entre los escogidos de la vida divina, porque si esto fuera así, la cuestion del número de los elegidos quedaria matematicamente resuelta ; pero sin colocarlos, queda probado que la muerte precoz sirve á la clemencia de Dios, aun cuando no la satisfaga enteramente.

A la gracia de la niñez, tan particularmente favorable á la salvacion de los hombres, hay que añadir la gracia del sexo. Sacando Dios del seno del hombre á la compañera de sus dias, é imponiéndole el deber de una sujecion constante, la ha indemnizado con dos preciosos dones, el don de la fe y el don de la caridad. Él ha dicho á la mujer al enviarla al mundo : *Tú crearás, y tú amarás*. Muchos lazos han sido tendidos al rededor de vuestras madres para robarles el honor de esta vocacion. Pero si yo les faltara desde este sitio al respeto, si yo ultrajara en ellas la eminencia del carácter cristiano, vosotros las vengaríais en vuestro corazon recordando sus virtudes, y á pesar de tantas debilidades célebres atestiguaríais el privilegio

(1) Anuario del gabinete de longitudes.

de gracia que les ha sido concedido. El jóven, cuando contempla el mundo, puede dudar de la mujer; cuando contempla á su madre, es imposible que dude. El mundo lo corrompe todo, hasta á la mujer; pero esta se salva por dos puertas que le ha dejado Dios abiertas mucho tiempo ha, la virginidad y la maternidad. Este es su trono, y este trono está en pié. Si algunas bajan de él, y por desgracia las hay, Dios les ha preparado auxilios de una gran eficacia. Su juventud es corta; como cae la flor de su tallo, así cae la belleza que se conjura en su perdicion; reinas y caídas es solo un relámpago, y su alma desengañada del hombre que no ama mas que un día, se vuelve hácia el único corazón que contiene un afecto inextinguible y digno del suyo. La belleza eterna se inclina hácia ellas, y sin hacer brillar en su frente un falaz esplendor, les devuelve la juventud de una fe viva y una caridad ardiente. Con su débil carne, se las ve arrostrar la aspereza de la penitencia, y algunas veces harian dudar cual es mas preciosa, si la virtud que nunca ha naufragado, ó la virtud que vuelve á salir del sepulcro. Por esta razon el Evangelio dirige á la mujer dos palabras de una sublimidad semejante: la virgen María oyó la una, la pecadora Magdalena escuchó la otra; la primera decia: *Dios te salve, María, llena eres de gracia* (1). La segunda decia: *Muchos pecados le son perdonados, porque ella ha amado mucho* (2).

Pero por fin, cualquiera cosa que Dios haga, queda el hombre, el hombre altivo, duro, frío, adorador y esclavo de su razon, que cree difícilmente, que ama mas difícilmente todavía; ¿qué habrá intentado Dios para hacerle mas accesible el camino estrecho de la salvacion? ¡Ah! ¿qué habrá intentado? Señores, ha hecho al pobre. Digo el pobre y no el pueblo, porque hablo la lengua del Evangelio, lengua mas pura que la de los hombres, lengua que las pasiones no corromperán jamás. El pobre es aquel que gana el pan cotidiano con el trabajo de sus manos, y que, extraño á la riqueza, la ciencia y el poder, encuentra en el trabajo y la dependencia un auxiliar poderoso de las virtudes que formam al cristiano. Como el niño y la mujer, el pobre está naturalmente sometido, sintiendo la necesidad de Dios, y no teniendo ningun interés en maldecirlo ó despreciarlo. Nadie lleva con mas constancia la cruz del salvador sobre sus hombros; nadie cumple mejor en su carne la mortificacion del Evangelio, y por poco que consienta con piedad en su sacrificio, él es el verdadero

(1) San Lucas, cap. 1, vers. 28. — (2) San Lucas, cap. 7, vers. 47.

penitente del mundo, el holocausto que humea ante Dios y le recuerda incesantemente el camino doloroso que atravesó en la tierra su amado y único hijo. El pobre es aquel de quien decia Jesucristo: *Yo os doy gracias, ó Padre mio, señor del cielo y de la tierra, por haber ocultado estas cosas á los sabios, y haberlas revelado á los pequeños* (1). El pobre es aquel de quien decia el apóstol Santiago: *No ha escogido Dios á los pobres de este mundo para hacerlos los ricos de la fe y los herederos del reino* (2)?

Yo sé que se me echará en cara este lenguaje, como inoportuno; pero ¿qué quereis que haga? Lo que está escrito está escrito. Las desgracias de nuestro siglo no me pueden quitar el derecho ni el deber de justificar los designios de Dios, y si estos designios se ven hoy confundidos, ¿á quién se le debe? ¿Quién ha corrompido al pobre? ¿Quién ha hecho bajar hasta él el sueño del indiferente y la risa del impío? ¿Quién le ha enseñado una ciencia que lo aparta de Dios, y otra ciencia que lo embriaga con el mundo? ¿Es esto culpa mia? ¿Lo es de Dios? El pobre se vé con demasiada frecuencia en un estado muy lastimoso: pero este estado no es natural, sino fruto de una larga conjuracion de la ciencia y del poder contra el cristianismo; él acusa á los hombres, y los efectos reveladores que se desprenden de él son una nueva justificacion de la Providencia, inesperada de la impiedad.

El niño, la mujer, el pobre, esta triple debilidad, y esta triple vida de la humanidad, hé aquí los bendecidos por Dios, ¿y qué es lo restante en comparacion? ¿Qué es lo restante, aun cuando fuese todo entero á los abismos de donde no salen jamás ni el crimen ni el dolor? ¿Qué es lo restante, aun cuando la eternidad no recogiera en él una sola alma? Pero muy distante está de ser así. Si la Providencia ha concedido gracias particulares á las porciones mas numerosas de la humanidad, que son como su asiento y base, derecho suyo era, y además un cálculo de su inefable misericordia; pero no se sigue de aquí que haya abandonado en manos del mal la riqueza, la ciencia y el poder, este magnífico y necesario capital del género humano. No, libráos de creerlo, despues que el Salvador pronunció esta severa sentencia: *Con cuanta dificultad entrarán los ricos en el reino de los cielos* (3), añadió inmediatamente: *Lo que es imposible para los hombres, no lo es para Dios* (4). Y de hecho, todos

(1) San Mateo, cap. 11, vers. 25. — (2) Epístola católica, cap. 2, vers. 5.  
— (3) San Marcos, cap. 10 vers. 23. — (4) San Lucas, cap. 10, vers. 27.

los siglos han visto á menudo bajar la caridad de las alturas de la opulencia, y pedir al pobre, en cambio del bien temporal, la recompensa de la oracion; los siglos han visto á reyes que tocaban con su frente las señales de la cruz, y á sabios que humillaban su razon ante los misterios que la muchedumbre adora. Cristo lo ha reparado todo, bendecido todo, y dominado todo, y sus manos generosas abrazan el universo entero. El que se aparta perece por culpa suya, y despues de lo que acabamos de decir, es por lo menos dudoso que tan triste suerte esté reservada al mayor número. Los niños muertos en la fe de sus padres ó en la fe de la Iglesia por medio del Bautismo, segun los tiempos, componen por sí solos un innumerable ejército, de escogidos; los pobres añaden sus multitudes, sea que hayan llevado su carga con la sencillez de la fe católica, sea que perdidas en el seno de naciones corrompidas por el cisma y la herejía, hayan debido á la buena fe de la ignorancia invencible el privilegio de permanecer en el beneficio de la verdad; las vírgenes y las madres cristianas, y tantas mujeres, desengañadas del fuego de las pasiones mundanas, aumentan con su inocencia ó su arrepentimiento las páginas de la inmortalidad; y por fin, en lo restante, tal como lo vemos hoy al rededor nuestro, temprano ó tarde, y hasta en el seno mismo de la muerte, Dios recoge el fruto de la sangre que aceptó por nosotros desde el origen del mundo. Y si el número y la duracion de los pueblos en que el cristianismo no ha tenido ó no tiene la forma de una institucion pública, asustan las esperanzas de nuestra caridad, consideremos tambien dos cosas: la primera, que muchos de estos pueblos han podido salvarse por los medios indicados en nuestra conferencia anterior; la segunda, que nosotros ignoramos la medida de los tiempos á que Dios ha circunserito en su pensamiento la accion del cristianismo, y la medida de poder y universalidad que alcanzará la Iglesia en el porvenir. En caso de necesidad, el porvenir puede ser una compensacion de lo pasado. Nadie conoce su término, su forma y su fruto. La incredulidad puede celebrar sus funerales, la fe una resurreccion. Pero por lo menos, si Dios se ha reservado el secreto, este secreto puede caer en la balanza del bien con tanta certidumbre como en la balanza del mal, y de esa manera la cuestion permanece oculta en provecho de la libertad. Lo que es absolutamente evidente es la bondad de Dios, el valor que ha dado á nuestra salvacion, y el arte con que ha dispuesto los miembros y las funciones de la familia humana para abrir al mayor número las puertas de la eternidad.

Un remordimiento siento al concluir, señores; temo haberos persuadido que la salvacion es fácil, y haber hecho traicion á la delicadeza con que el Salvador ha ocultado cual será el número de los eligidos. Manifestamente no ha querido ni inspirarnos osadía, ni desaliento, y esta prudencia misma era en su pensamiento un medio de salvarnos. ¿Lo he imitado yo, como debe el discípulo imitar á su maestro? ¿Me he encerrado en los límites puestos por su mano en el Evangelio? Algunos tal vez lo dudarán; pero al cabo, ¿he hecho otra cosa que presentaros las discusiones de una teología reconocida? ¿Cómo podríais por otra parte deducir de mi discurso que no debeis de cuidar de vuestra salvacion? Aunque no cayera mas que la décima parte de los hombres en los lazos del infierno, ¿no sería esto bastante para aterrarnos, y para que cada uno de nosotros, segun las palabras de San Pablo, *obrase su salvacion con temor y estremecimiento* (1)? Vosotros los que teneis fe, vosotros permaneceréis en este saludable temor; vosotros los que no la teneis, vosotros sabréis que no es cosa tan fácil oponer á Dios, en las vias de su providencia, certidumbres que ha rehusado al entendimiento humano.

(1) Epístola á los Filipenses, cap. 2, vers. 12.